

Mensaje a la F.U.D.O.S.I.

Por Sar Hieronymus

Hace ocho años, en un mensaje cuyo tono profético daba fe de su fuente inspirada, entrevimos el terrible huracán de fuego que amenazaba a la antigua selva de Europa. En esa época (1939) nada podía detener el desastre que oscurecía los horizontes.

Estamos pasando nuevamente por la misma angustia, aunque más aguda, porque, en realidad, hemos tenido la experiencia de la terrible explosión de la guerra y de su devastadora prolongación en la tierra entera. Como un virus indestructible, la guerra continúa y en todas partes los acontecimientos asumen un carácter revolucionario; dicho de otro modo, el mundo está amenazado con una destrucción total y súbita. La paz provisional no destruye la causa de la guerra y de la rebelión. Principalmente, las causas de la guerra son el odio y la violencia que provienen del inescrupuloso egoísmo de las naciones y de los hombres. El egoísmo es, en sí, una consecuencia del materialismo que tiende a destruir todos los ideales y que convierte al hombre en un animal cuyos apetitos nada puede controlar y cuyas pasiones nada puede detener.

La amenaza que pone en peligro al mundo de hoy es mucho más seria que la de hace ocho años. La falta de equilibrio es también infinitamente más seria. Esta amenaza está profundamente arraigada y generalizada, y destruye la economía material y social, lo mismo que la estructura cultural, intelectual y moral de todas las naciones. El mundo está pasando por una enfermedad muy seria. Toda la humanidad está sufriendo de un estado de falta de equilibrio moral.

El egoísmo es la negación de la caridad, del amor, de la fraternidad; el imperialismo político es la negación de la justicia, de la libertad; el materialismo es la negación del alma humana y de Dios. Un mundo materialista es un mundo sin alma, un mundo sin Dios.

A nosotros, la iniciación nos ha revelado la acción milagrosa de los valores espirituales, y conocemos la parte activa y creadora que esos valores llevan a cabo en la economía del mundo. Donde una revolución se desarrolla, los valores espirituales son despreciados; son perseguidos y aniquilados.

Gracias a su misticismo activo, los *iniciados* están acercándose a la Esencia trascendental de Dios para hacer funcionar fuerzas desconocidas. Ellos comprenden y vosotros comprendéis, hermanos míos, que la terrible amenaza que surge hoy contra el mundo no es otra cosa sino que Dios se está retirando del mundo. Dios se está retirando del mundo porque los hombres no descansan en destruir todo lo que une al mundo y a El. El materialismo niega la Potencia Divina y sólo cree en las fuerzas esenciales materiales que sostienen a las Potencias de las Tinieblas. El materialismo niega la bondad de Dios y por consiguiente el amor, la justicia, la libertad y el derecho de todos los hombres a ser felices. Niega la Luz de Dios, y niega el derecho de Dios a iluminar los corazones y las personas. Y progresivamente, a medida que rechaza a Dios, la vida deja de tener un propósito, se convierte en un torbellino ilógico, en un desorden ciego y sin fin.

La misión de los iniciados

Nuestra misión es la de salvar al mundo del inminente desastre, salvar a esta humanidad sin Dios uniéndola a la trascendencia de Dios. Y no hay otros medios para unir la humanidad a Dios, sino el de la plegaria y la elevación mística. Entre el mundo y Dios, el Creador de todas las cosas, la oración establece nuevamente los lazos que el materialismo destruye. Esos lazos no son una

ficción; son radiaciones activas que surgen de la tierra y que asocian su destino a la Voluntad de este Dios de fortaleza, de misericordia y de luz.

Pero estas radiaciones activas que deben formar la malla que retendrá a la tierra en el sendero de la Paz, del Amor y de la Felicidad, requieren la mediación de los iniciados. Sea cual fuere la religión de ellos, sea cual fuere el clima en el cual vivan, estos Iniciados en los Misterios Divinos, gracias a su elevación, que implica una pureza de corazón absoluta y un desinterés total, pueden llegar hasta la misma Esencia de Aquel que rige los destinos de los mundos y de los hombres.

A este, respecto, la misión que ha sido asignada a nuestras sagradas Ordenes es salvar a la humanidad por medio de la oración y de la elevación mística, para librarla del peligro de la destrucción.

Sea cual fuere el grado de iniciación que tengáis, el de elevación mística, es posible para vosotros alcanzar esta perfección espiritual para que la oración se convierta en una amigable conversación con el Soberano Maestro del mundo. Entonces, el entonamiento es perfecto y todo lo que tenéis que pedir al inefable Maestro en nombre de la humanidad, El lo hará; sea cual fuere vuestra petición, El os la concederá. Y si creéis que el Cristo viviente es siempre el verdadero mediador entre la humanidad y el mundo divino, es a El a quien el vuelo de vuestra elevación mística se ha de dirigir. Si estáis en entonamiento y armonía con El, vosotros, iniciados, obtendréis para la humanidad todo lo que pidáis, y pediréis una sola cosa, y esta sola cosa lo es todo: PAZ. Paz entre las naciones y entre los hombres; paz en los corazones gracias a la luz celestial, paz social gracias al poder de Dios que da a todos la facultad de realizar sus deberes fraternales.

Y si las sagradas Ordenes extienden este llamado a toda la tierra, donde quiera que haya un Iniciado de Dios, y por medio de esta fértil radiación, a toda parte donde haya un hombre que crea profundamente en Dios, el mundo no solamente se salvará, no solamente sabrá y conocerá *aquella* paz prometida a los hombres de buena voluntad, sino que también conocerá los *mil años*, el milenio que significa un período de paz infinita, que, de acuerdo con la Revelación de Juan, maravilloso modelo iniciático, coronará al mundo en su madurez.

El mundo llegará a ser lo que queréis que él sea. El será lo que el fuego de vuestras plegarias lo hagan y el poder de vuestra elevación mística lo formen. Os toca a vosotros, por lo tanto, unir fuertemente el mundo a Dios. Por medio de las torres de la oración os elevaréis hacia el Cósmico, de manera que los poderes diabólicos nunca puedan precipitarlo al abismo de las Tinieblas, hasta la aniquilación eterna.

Por lo tanto, rogad conmigo todos vosotros, mis Hermanos, a partir de este día, hasta que la Misericordia de Dios conceda la paz al mundo.